

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
5 de Enero de 1889.
NÚMERO 14.

1889

¡Año nuevo, bien venido! ¡Día de Reyes, Pascua alegre de los niños, bendito seas!

En este primer número del año, LOS MADRILES besa los monísimos pies de sus lectoras, estrecha agradecido las manos de sus lectores, y a todos envía el saludo clásico:

¡Feliz año nuevo!



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



PASCUA DE REYES



Día 29 de Diciembre de 1888.
Leo en los Avisos útiles de La Correspondencia de hoy:

«Por más que intriga y calumnia, y va en coche con la tía, no conseguirá Gurromino el Reptil venenoso.»

¡Si vieran ustedes cómo me han intrigado esas dos líneas, con su abuso de cursivas!

Gurromino (no gurromino) se dice del marido que contempla con exceso á su mujer.

Luego aquí danza un marido.

Y el «Reptil venenoso» debe ser.

¡Oh qué escabrosos asuntos!
¿No habrá un ingenio sutil
que ponga en claro estos puntos,
y me diga qué harán juntos
Gurromino y el Reptil?

Un cartero aprovechadito sustraía la mayor parte de la correspondencia que pasaba por sus manos.

En su casa se han encontrado más de 300 cartas.

Del coche que conducía la correspondencia desde la Central á la estación, se ha extraviado un paquete de certificados.

En Santander ó Cádiz (no recuerdo bien) cayó al mar una saca de correspondencia hace poco tiempo.

Es sino, no hay que dudar.
Otra explicación no hallo.
¿Es carta?... No ha de llegar
en coche, á pie, ni á caballo,
ni por tierra, ni por mar.



Día 30. Recoge la autoridad (en Madrid) más de cuatrocientas armas, entre ellas más de setenta de fuego.

Copio esta noticia como función de desagravio á los malagueños, y entono el «yo pequé» confesando que en toas partes cuecen habas.

Una pregunta:

¿Dónde se arrojan esas armas recogidas en la villa y corte? ¿Al estanque del Retiro?

Al cerrar anoche la iglesia de San Ginés fué encontrado un caballero, durmiendo como un bienaventurado dentro de un confesonario.



El sacristán le despertó, conduciéndole después al Gobierno civil.

Si estaba durmiendo á gusto y no daba mal ejemplo, ¿no es un proceder injusto, si es de los justos el templo, turbar el sueño del justo...?

Día 31 de Diciembre. Muere el año 1888.

¡Adiós, hermosa Diana!

Conste que te has portado mal, muy mal, con nosotros.

Gracias á que nos has perdonado la vida, y eso hay que agradecerte.



Por lo demás, como no sean desdichas, bien poco dejas tras de ti.

Como decían dos chulos á la puerta del café Imparcial:

—Hoy se acaba el año, Piri.
—Sin ganas que yo tenial
—Bonitos nos deja.

—¡Y dile!
—¡Todo el mundo está que trina!
—Pues á nosotros nos deja en una clase malísima.

—¿En clase de qué?
—De bocas.

—¿Eh?
—De bocas de la Isla.
—¡Ya! que estamos por dos velas.
—Pues á ver si te espabilas.
(Conque ojo, y á espabilarse, que dice la chulería.)

Día 1.º de Enero de 1889. Martes.

¡Buenos días, barbián!

Es decir, ¡buenos días, Martel!

¡El dios de la bronca presidiendo los destinos del año nuevo!

Como venga de malas, ¡Dios nos la depare buena!

Afortunadamente, el matón mitológico anda un poquillo averiado.

La paz se impone.

La humanidad tiene cada día menos gana de romperse la crisma.

Y es natural. A puro inventar medios de destrucción, se han hecho las guerras imposibles.

La jindama es común y el respeto es mutuo.

Marte ha cedido sus poderes á la diplomacia.

Ha trocado la férrea armadura por el frac y la corbata blanca.

Las plumas dominan á los chafarotes.

Dentro de breve espacio de tiempo las únicas armas que estarán en carácter serán la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo.

El pobre Marte se ha puesto muy viejo. Verdad es que aún quiere presumir, y se tiñe el pelo y las barbas.

Pero no asusta á nadie.

Parece un Santo restaurado.

Saludémosle con el respeto que se merece la majestad caída.

¡Salud, Boulange!



Excuso decir que deseo á todos mis lectores un año feliz, repleto de dichas y de prosperidades.

Y aprovecho gustoso esta ocasión de ofrecerme de todos ellos agradecido y seguro servidor.

Y me quedo corto.

Dicen que hoy una joven
de trece años,
de un seductor alevé
cayó en el lazo:
Según se cuenta,
no es la chica el modelo
de la inocencia.

Faltándole monises
para su hazaña,
quiso el audaz Tenorio
vender la capa.
¡Y ella, rumbosa,
de este pleito amoroso
pagó las costas!

Día 2.

Llega á Málaga un eunuco con el encargo de comprar una guitarra y unas castañuelas, instrumentos con los cuales se propone alegrar al Sultán de Marruecos la Sultana favorita.

Esta Sultana (según dicen) es una hermosísima malagueña, que se trasladó á Africa por razones de familia, y vino á dar en el Serrallo de Su Majestad Sheriffiana, siendo hoy el mejor ornamento del harén.



¡Buena persona será la malagueñita esa! ¡buena persona!

Si sabe la picaresca
repicar la castañuela,
¡qué ratos se pasarán
con el canto y la vihuela
la Sultana y el Sultán!

Día 3 de Enero.

Pavía... 1874... El sable de papá... ¡Qué recuerdo!

A la una de la tarde, en el Paseo de Recoletos, con viento fresco y tiempo apacible, le roban violentamente al Sr. M. de O., distinguido marino y ex gobernador de una de nuestras posesiones ultramarinas, 7.000 pesetas en billetes de Banco, que llevaba en su cartera.

¿Pero esto es Madrid, señor Gobernador?

¡La hora, el sitio, todo acusa una seguridad de que los guardias de la ídem no sirven para nada, que pone frío hasta en la

medula de los huesos! Pero esos guardias, ¿para qué son?

De una revista de salones:

«Un suceso inesperado conmovió, no hace muchas noches, profundamente á la concurrencia *very select* de una tertulia aristocrática.

«Fué el caso que al levantar una cortina cierta mano indiscreta, vióse, con general asombro, que un *clubman* muy conocido en la sociedad cortesana recibía un beso (*shocking*) de la hermosa dueña de la casa.»

¿Asombro? ¡Bah!

Si en un beso no hay exceso,
no causa asombro jamás.
Por pudor dirán que es eso.
¡De seguro que fué un beso,
y alguna cosita más!

E. NAVARRO GONZALVO.



DESDE EL BOULEVARD



os dramas han sido el objeto constante de la atención pública durante la última quincena del año 88.

El uno estuvo á punto de no acabarse en el teatro del Odeón.

El otro tuvo su fin lúgubre en la plaza de la Roquette.

Titulábase aquél: *Germinie Lacerteux*.

Llamábase éste: *El proceso Prado*.

La silba del drama de Edmundo de Goncourt tiene su explicación.

No hay nada más aburrido y menos interesante que el vicio pobre, la canalla de arrabal y el *argot* de las prostitutas y los *souteneurs*, chulos de mala especie que diríamos en los Madriles.

No he de venir yo, el penúltimo de los escritores españoles—que el último ya se encargaría *Clarín* de nombrarlo si se lo preguntáramos—á dar en esta crónica la patente de escritores de primera importancia á los hermanos Goncourt, Mesías de la religión naturalista en la literatura moderna.

Esa patente se la ha dado Francia primero, y Europa entera después.

Ni me he de meter á dilucidar la cuestión de si es mejor esta escuela literaria que las demás, ni si se puede llevar al teatro en toda su crudeza. Sobre faltarme espacio para ello, pudiera sucederme que me faltase *ropa*, como vulgarmente se dice, para dilucidar tan espinosa cuestión.

Lo que sí confieso ingenuamente es que en el teatro estoy del lado de los que defienden la teoría de Alejandro Dumas, hijo, que en cierta ocasión decía que no hay más que dos clases de comedias: las que están bien hechas y las que no lo están.

Germinie Lacerteux, si estuviese bien hecho como drama, tendría interés en primer lugar; seduciría, á pesar de su escueto naturalismo, como ha seducido y conmovido, no há mucho, en el Teatro Libre, *La muerte del duque de Enghien*, cuadro sencillísimo, naturalista á *machamartillo*, que diría quizás ese último escritor á que antes me refería, y que con toda su sencillez, sus pocas palabras y su ningún aparato escénico, ha hecho derramar lágrimas como puños á hombres como castillos y que no se asustan y ruborizan por todas las palabrotas ni contorsiones de alumbamiento de la heroína del drama de Goncourt.

Además, hay cosas que en el libro se pueden decir ó pintar con naturalidad y talento, y en el teatro no se pueden poner en acción ni en boca de los personajes.

Unas porque aburren, y otras porque levantan el estómago.

Una mujer con *los dolores*, ni conmueve, ni interesa, ni prueba nada. El parto es un acto natural; pero por ese camino se llegaría á intentar el género cómico naturalista y á buscar situaciones cómicas poniendo á contribución alguno de los actos más naturales y necesarios de la vida.

Y eso ya sería... sería *s'enmoularder*, como dice uno de los personajes del drama de Goncourt.

Y vamos al otro drama.

—¡Doy el indulto á 6 por 1!

—¡La muerte á 7 por 2!

—¡La guillotina á la par!

Estas frases, imitadas de la jerga de hipódromo, pintan el estado de una parte del público *boulevardier* durante la semana que ha precedido á la ejecución de Prado.

Se apostaba con ardor sobre la cabeza del condenado á muerte. Su vida dependía de la clemencia del jefe del Estado.

Carnot no ha encontrado en la causa fundamento para usar de la prerrogativa de indulto.

A pesar de los puntos oscuros de esta causa célebre, pocos creían en que Prado viese llegar el día de Año Nuevo. Así es que la muerte se cotizaba el día 26 en el café Americano, punto de reunión nocturna de la gente alegre, á 7 por 1.

Y el día de los Inocentes fué degollado Prado, para que todo sea singular en este proceso.

Se ha llevado al otro mundo el secreto de su nacionalidad y el de su nombre.

Y se ha llevado más.

Se ha llevado su cuerpo entero, sin que los señores médicos se entretuvieran en hacerle picadillo para averiguar que no han averiguado nada nuevo, como sucede en tales casos.

Y no ha sido porque la Facultad dejase de reclamar con energía los restos del ajusticiado. Por tres veces lo han reclamado.

¡Estos médicos son atroces! No se contentan con matar á media humanidad; necesitan también lo que mata el verdugo.

¡Ambiciosos!

Con piel de Pranzini se llegaron á hacer petacas y portamonedas.

Prado no ha querido, por lo visto, que sus restos sirvieran en esta época del año para fabricar *étrennes* patibularios.

Y que se hubieran cotizado á precios fabulosos entre las empingorotadas *momentáneas* que, después de pagar mil francos por una ventana para verle *faire la culbute*, mojaban fervorosamente sus pañuelos en la sangre que destilaba de la guillotina.

—*Ça porte bonheur*, decían.

¡Quién sabe! El olor de la sangre atrae las fieras, y éstos asesinos de mujeres públicas son de la familia de los tigres.

Nouvel an!

Día de aspecto especialísimo en París.

Día triste: hay que dar aguinaldos á todo el mundo.

Día alegre, sobre todo para las mujeres y los niños: todo el mundo les regala algo.

Los boulevares presentan una animación difícil de describir. Es uno de los días en que debe verse París.

No hay transeunte que no lleve un paquete.

Las tiendas de flores y las confiterías sufren verdaderos asaltos, y hacen su agosto á una temperatura de cero grados.

Desde la Magdalena á la Bastilla, ambas aceras están cubiertas de barracas. Seis kilómetros de feria y 3.000 comerciantes menudos; la mayoría obreros, que han fabricado el *artículo de París*, que venden estos días.

Signo de los tiempos: se ven muy pocos retratos de Boulanger.

Detalle curioso: El Monte de Piedad ha estado abierto hasta las doce de la noche la víspera de Año Nuevo. ¡Este empeño de hacer regalos!

Nos encontramos á un amigo que tiene siete sobrinos, y cada día de la semana come convidado en una casa.

—¿Te gustan los niños? se me ocurre preguntarle, viendo que á cada paso se pára á mirar las barracas donde hay juguetes.

—Te diré, contesta; durante todo el año me son indiferentes; el 1.º de Enero... ¡los aborrezco!

París 3 Enero 89.

BLASCO.



LA PRIMERA MEDALLA



—¡Qué buen pintor es Zenón;
ha obtenido una medalla
en la última Exposición!...
—¡Pero el cuadro es malo!—¡Calla,
que convida á peleón!



—Ahora, al *Horno de la Mala*,
diez, principal interior,
á darle una serenata
por su medalla, á un pintor.
¡El que la sigue la mata!



¡Música?... ¡Ya están despiertos
los vecinos! ¡Oh, de fijo!
¡Estos son los triunfos ciertos!
¡Ya da música á mi hijo
la Sociedad de Conciertos!...



¡Cómo el aura popular
viene mi frente á orear!
¡Ya tengo una posición!
¡Ya me vienen á tocar
con la orquesta de Bretón!

CAPAS



La capa de Josef.



De capa y espada.



De capa empeñada.



«Esta capa que me tapa tan pobre y raída está, que sólo porque se va se la conoce que es capa.»

RAMÓN DE LA CRUZ

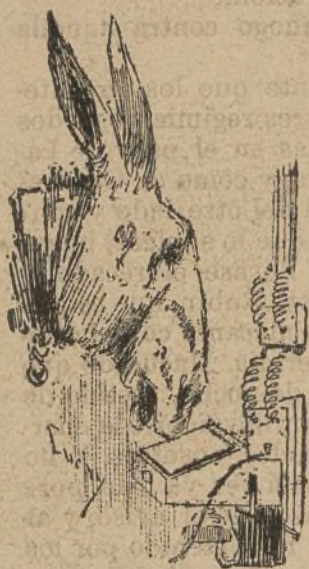


De capa caída.

De las últimas capas sociales.

EL BORRIQUITO

CUENTO PARA NIÑOS



Pues, señor, en aquel tiempo en que, según asegura Esopo, el gran fabulista, hablaban los animales, puso el león una escuela de niños, es decir, de animales pequeños.

Asistían á ella, con objeto de instruirse y de no hacer mal papel en la sociedad, una ardilla muy lista, un zorro muy astuto, varios perros de castas diferentes y una cotorra muy charlatana.

Eran todos animalitos de clara inteligencia, muy dispuestos para aprender, y pronto lograron adquirir conocimientos generales.

El león estaba satisfecho de sus discípulos y no pensaba admitir más, cuando un día presentóse un borriquito de color de ceniza, chiquitín, vivaracho y con las orejas muy largas.

—¿Qué desea usted, pollinito? le preguntó el maestro con mucha cortesía.

—Pues yo, contestó el recién llegado, quiero aprender lo que estos compañeros míos.

La ardilla, el zorro, los perros y la cotorra soltaron una carcajada.

—¿De qué se ríen ustedes? preguntó el león dando un rugido.

—Nos reímos de este borrico que quiere compararse con nosotros.

El león miró con desprecio al pájaro verde, y volviéndose al pollino le habló de esta manera:

—Desde hoy vendrás á la escuela todos los días. Ya sé que Dios no te ha concedido gran inteligencia, como á estos otros animales; pero si estudias con ahínco llegarás á saber tanto como ellos.

Desde entonces el borriquito asistió puntualmente á la escuela, y era de ver su constancia en repasar los libros y la atención que ponía á las lecciones y lo que movía sus orejas para oír las palabras del maestro.

Sus compañeros de él, y en todo duraba la clase cosa que reírse to, descuidando haciéndole, aún perros, una por rías. Ya imitaban su rebuzno; ya se ponían largas orejas, hechas con cucuruchos de papel; ya figuraban dar coces contra los bancos; todo aquello, en fin, que pudiera ofender al paciente discípulo.

Pero éste no hacía caso. Si le llamaban *burro*, no se incomodaba, porque sabía que lo era; se pasaba las horas haciéndose el sordo á los insultos y á las burlas.



las largas y tie-
jor las explica-
tro.

ros se burlaban
el tiempo que
no hacían otra
del pobre asni-
los estudios y
los que no eran
ción de perre-



Llegó fin de curso. Formaron el Tribunal de exámenes tres sabios de Grecia, á quienes llamó el león para que juzgasen los adelantos de sus discípulos, y se presentaron éstos con el temor natural de quien va á ser juzgado por personas de inteligencia superior.

Pero ninguno tenía tanto miedo como el borriquito, que, convencido de su escasa disposición para el estudio, temía no alcanzar ni siquiera la nota de *mediano*, y justificar así el desprecio de sus compañeros.

Fué el último que se examinó, y los otros, que ya habían salido de su apuro, se reían al ver al pobrecito, lleno de susto, presentarse ante el Tribunal todo tembloroso, con el rabo caído y las orejas desmayadas.

—Ahora te convencerás de que eres un asno, le decía el zorro.

—Y de que el más torpe de nosotros es más listo que tú, añadía la ardilla, que no se estaba quieta un momento.

—Anda, borrico, borrico, borrico, le decía la cotorra.

Pero ¡cuál no sería la sorpresa de todos cuando vieron que el pollinito contestaba sin vacilar á cuantas preguntas le hacían!

¡Con qué modestia, pero al mismo tiempo con cuánta seguridad se explicaba! Baste decir que los jueces le dieron la nota de *sobresaliente*, que no había logrado ningún otro discípulo, y una hermosa medalla de oro que le colgaron al cuello y que relucía como un sol.

El león entonces sacudió la melena, dió un rugido de satisfacción, y habló de esta manera á sus discípulos, señalando con la garra derecha al pollinito, que no se daba cuenta de lo que le sucedía:

—Ahí tenéis el poder de la voluntad y de la constancia. De nada sirve la disposición natural si no se sabe aprovecharla para el estudio.

No os burléis nunca de aquellos cuyas dotes intelectuales son escasas, porque de esto no tienen culpa; burlaos, sí, de los que con socia no saben, aprovecharla.

Esos, esos son borriquitos. rompió en un currencia, y sa los perros con piernas y las la ardilla escu

gonzada; haciéndose el distraído el zorro, y la cotorra diciendo en voz tan baja que apenas se la oía:

—¡Nos hemos lucido, nos hemos lucido!

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN



los que con socia no saben, aprovecharla.

los verdaderos
Calló el león,
aplausos la con-
lieron del salón
el rabo entre
orejas gachas;
riéndose aver-

SUFRAGIO TEATRAL

Ha llegado á mi noticia, también á la de hombres de talento, y aun á la de algunos políticos, que se trata de fundar una asociación, que tendrá por fin y principio antiprotectar de las manifestaciones de reprobación que algunas obras teatrales producen.

Si yo fuese alguien, diría que la idea de esos neo protestantes me parece excelente y de gran trascendencia; pero como soy nadie, diré tan sólo que á nadie le parece bien.

No hace mucho tiempo dió el público á los *reventadores* la partida de bautismo; ahora habrá de dársele también á los *contrareventadores*. Aquéllos, como su título dice, son gentes que destripan (literariamente) á ciertos autores que merecían, no obstante, ver sus nombres escritos en las paredes por toda la vida, y algo más. Y éstos vendrán al campo de batalla á destripar reventadores, como su título indica también.

De hoy más, se dirá en lenguaje teatral *contrareventadores*, así como se dice contrapunto, contradanza, contrapaso, contralto, contraforo, contrabajo y contraseña. Dos neologismos: reventadores y contrareventadores.

Pero, supuesto que entre unos y otros destripadores literarios habrán de reñirse grandes batallas para decidir acerca del éxito que corresponda á una producción teatral, importa mucho que de antemano se fijen las condiciones de la lucha, para proporcionar á la agresión la defensa. Unos dicen: «El que se halle disgustado en un espectáculo público y quiera demostrar su desagrado, debe, imitando costumbres extranjeras, volver la espalda al sitio de donde provenga su mala impresión, á la sangre en la plaza de toros, á la pista estercolada en un Circo gimnástico, ó al proscenio en un teatro.» Sin embargo de ser extranjera esta manifestación, y culta, no me parece propia en nuestro país; en primer lugar, porque tal postura sería incómoda, y además, porque perturbaría el derecho de los contrareventadores, que no hallarían otro mejor argumento que ir derribando gente con voces primero, y á puros golpes después, como ya, por desgracia, se ha visto.

Otros sostienen la opinión, muy aceptable, de que debiera mostrarse tal reprobación calándose el sombrero. Lo que, si bien á primera vista es culto y de española invención, también tiene el

inconveniente de que esta muestra sólo se haría patente en las localidades más visibles, y no en las otras, á cuyos ocupantes hay que reconocer el derecho que á los demás asiste.

El pito, ó silbato, debe ser desterrado de todo espectáculo culto, mucho más hoy que ha venido á caer en la esfera del derecho público, como los viajes de propaganda, los banquetes, los motines y los *meetings*, etc., etc. Otras cosas se me ocurren al llegar á este punto, sin debérseme ocurrir, por lo que me las dejo guardadas y sigo adelante.

La tos fingida, tampoco está probado que sea buen sistema de protesta, porque sucede que en un estreno rompe á toser un espectador con inocencia y sin gana de hacerlo, por padecer de catarro ú otra enfermedad, y á seguida otros concurrentes más apercibidos á la tos que á lo tosido, hacen coro al constipado y va creciendo el ruido, que es como estertor de una gran bestia, y de catarro pasa á cólico, y allí empieza el arrojar voces gruesas, letanía de carreteros. Con esto se interrumpe la escena; el actor, ó lo que sea, al verse en peligro, descomponen el cuadro; sube la protesta más alta, y al punto mismo en que interviene la autoridad, termina el teatro en tumulto de mercado, sin saber si la obra que se ha ido á presenciar merecía tal desastre. Verdad es que alguna que otra obra, por ser mala al principio y peor después, antes gana que pierde con la rechifla; pero, por fortuna, casi la totalidad de las producciones teatrales, y aun de las literarias que hoy se representan, no es apreciada en su justo valor por la intemperancia del público, que se pelea en dos bandos, como bárbaros y romanos.

Nada bueno debe decirse de aquellos que, con los bastones ó el calzado, mueven ruido tempestuoso. Este procedimiento, por ser oculto, es ruin, y por imitar las patadas de las bestias en el establo, es irracional. No se ha de condenar con los pies lo que pudiera muy bien haberse hecho con la cabeza.

Hay que buscar una forma, un sistema adecuado para que *reventadores* y *contrarreventadores*, usando las mismas armas, ejerciten su derecho á reprobar ó aprobar la obra que presencien, bien sea literaria ó simplemente teatral. Y el remedio urge como medicina á un moribundo, que á tal extremo pudieran llegar las cosas, que sólo fueran á los teatros gentes de armas tomar.

Y ya que de sistemas se trata, ¿por qué no introducir en los teatros el sistema del sufragio? Espectáculo por espectáculo, tanto viene á dar Cámara como teatro, que en uno y en otro hay espectáculos y actores; éstos *representan sus papeles*; los individuos que componen las Cámaras también *representan los papeles de sus electores*.

Espero leer algún día, si tal sistema se adopta, cosas como esta: «El Teatro Ambiguo está de enhorabuena. Por 700 votos contra 2 fué aprobada anoche la bufonada cómico-lírico-bailable *El lupanar*, y por unanimidad tuvo la misma suerte la quisicosa titulada *La mancha de sangre*. Ambas originales de un conocido autor.» ¡Y hasta otra!

P. P. VILLANUEVA.

RUBÍN



—Está bien, dijo de pronto el sargento Azcoquejo, que había estado callado como un muerto; está bien que vos hagáis lenguas de los generales y de todos los señoritos del Estado Mayor que tiran de aquí y tiran de allá en los mapas y ganan las acciones; pero es bueno que sus acordéis también de los tacos que se pierden sin que nadie sepa de ellos.

Atacó Azcoquejo la pipa, negra como un tizo, y preguntó:

—¿A qué no sabéis nada de Rubín?

Nadie sabía del tal Rubín una palabra.

—Eso me repuzna, prosiguió el sargento frunciendo el ceño, porque aquí no hay

más gloria militar que lo que brilla, y vusotros sois como mariposas. ¿Quién ganó la acción de Lagartera? ¿El general? Pues nó, que fué Rubín.

—Venga ya eso de Rubín, dijo el cabo Gutiérrez.

Se retrepó en la silla Azcoquejo, embocó la pipa, que con la conversación le bailaba en los labios, y empezó á contar el caso de Rubín.

—Amos á ver... Cuando nos metió el coronel Retuerta en Lagartera con cincuenta caballos de la Princesa, nadie sabía que estaban los otros



á una legua, ni ellos sabían que estábamos nosotros allí. Y nos metimos como gazapos, muertos de hambre, con treinta hombres aspeados y diez cartuchos por barba. Y á aquello le llamaban *amenistración* militar. ¡Vaya una *amenistración*!

Soltó Azcoquejo un taco redondo en desahogo contra aquella *amenistración*, y continuó:

—El coronel Retuerta supo al día siguiente que los otros te-



nián tres regimientos y dos baterías en el paso de Lagartera, y como el General estaba del otro lado y convenía que lo supiese, buscó quien llevase el recado, y se prestó Rubín, que estaba de machacante con el alférez Cerraja. Macuerdo que se fué de noche, vestido de segador, llevándose la suerte de todos nosotros. Y no le volví á ver ya más, porque pasó, dió el aviso, y al volver fué detenido por los otros en el desfiladero.

Yo no sé quién le conoció allí; ello es que se lo llevaban

al brigadier, y que éste golió algo, porque interrogó á Rubín con cara de cordobán; pero Rubín se mantuvo con coraje, y como no llevaba papeles podía mandarlos al cuerno.

—O cantas de aquí á la noche, le dijo el brigadier, ó cuenta á la noche con la absoluta final.

¡Pues, bueno! prosiguió Azcoquejo, animándose; Rubín sabía que si cantaba nos merendaban á las dos horas y perdía el viaje el general, que ya debía estar de camino sobre Lagartera, y Rubín no cantó, y llegó la noche, y no cantó tampoco, y se lo llevaron á una hondonada para ver si cantaba... Y aluego supimos que le apretaron como un dolor, y que viendo que no daba chispa le fusilaron sin compasión y sin respeto. Y esto que hizo Rubín, sin ser general ni nada, no está en las historias. ¡Cuerno con la guerra!

Sacudió Azcoquejo melancólicamente la ceniza de la pipa, y añadió con cierta amargura:

—Después cuando Dios amaneció sobre el desfiladero, y nos vió llevar po. delante á los otros, incluso el brigadier aquel de cara de perro, y fui el botín ganado con puño, dijeron los Borales había puesto una bien ¿quién se acor en el regimiento? Na el alférez Cerraja, bía comido de lo que macordé yo ¡porral!— gesto enérgico y dan petate;— macordé yo había salvado al re como un perro, y si poniéndole en alto, manque no digan nada de él las historias...



FEDERICO URRECHA

AGUINALDOS!

No era posible que **Los Madriles**, que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándose de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. **Los Madriles** quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

El suscriptor que se abone por todo 1889 en esta **Administración**, pagando sus nueve pesetas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco** y **Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta que los libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera **al cromo**, y valen **cinco** pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en **cuatro** pesetas.

Los suscritores por semestre recibirán un tomo de **Novelas amorosas**. Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madriles** en **tres** pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

A los compradores de este periódico se les remitirá el **Almanaque**, franco de porte, haciendo el pedido á la Administración acompañado de **1 peseta**. Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!





ALMANAQUE CUPIDINESCO

Año IV. **PARA 1889** Año IV.

ESCRITO POR

J. DE BURGOS, J. DE LAS CUEVAS, JUAN DE DIO, J. DICENTA, J. ESTRAÑA,
J. ESTREMER, C. FERNÁNDEZ SHAW, C. GIL, P. A. DE ICAZA, F. LIMENDOUX, E. NAVARRO GONZÁLEZ,
C. OSSORIO Y GALLARDO, E. DE PALACIO, J. PÉREZ ZÚÑIGA, L. PORSET, F. SALAZAR, E. SIERRA, R. TORROMÉ,
Y OTROS ESCRITORES

132 ILUSTRACIONES

De Cilla, Guichy, Pons, L. Palatín, y otros artistas.

CUBIERTA AL CROMO

EN 12 COLORES

UNA PESETA

Este **Almanaque** se regala a todos los suscritores a **Los Madriles**.

Se vende en todas las librerías de España, Ultramar y Estados hispano-americanos, y en todos los puestos y kioscos donde se expende **Los Madriles**.

Se remite a provincias franco de porte, acompañando su valor en sellos al hacer el pedido a la Administración de este periódico.